

La censura en las traducciones de los clásicos griegos. El ejemplo de Platón y Aristófanes¹

Marta González González

Universidad de Málaga. Departamento de Filología Griega
martagzlez@uma.es

Resumen

En este trabajo pretendemos estudiar la censura ejercida en las primeras traducciones castellanas de la obra de Platón y de Aristófanes. Estudios anteriores nos permitirán también establecer una comparación con el panorama general de las mismas obras en el resto de traducciones a otras lenguas europeas.

Palabras clave: literatura griega, estudios de traducción, censura, literatura comparada.

Abstract. *Censorship in translations of Greek Classics. The example of Plato and Aristophanes*

In this paper, we analyse the censorship in the first Spanish translations of Plato and Aristophanes' works. We compare them with translations into other European languages.

Key words: Greek literature, translation studies, censorship, comparative literature.

Sumario

- | | |
|-----------------------------------|------------------------------|
| Introducción | 2. La comedia de Aristófanes |
| 1. <i>El Banquete</i> , de Platón | 3. Conclusiones |

Introducción

De entre las amplias posibilidades que un tema como el de la censura nos ofrece a la hora de acercarnos a las traducciones de los clásicos griegos, aquélla de la que vamos a tratar aquí es la que, tomándole prestada la expresión a E. Montero Cartelle, denominaremos «censura erótica de carácter eufemístico»². Y vamos a tratar este asunto centrándonos no en la transmisión y edición de los textos clásicos, sino en

1. Este trabajo se adscribe al proyecto de investigación *Historiografía de la literatura grecolatina en España (II). La Edad de Plata (1868-1936)*, Grupo de Investigación Complutense 930136.
2. E. MONTERO CARTELLE (1976), «Censura y transmisión textual en Marcial», *Estudios Clásicos*, 78, p. 344. Montero aborda, en este trabajo, la cuestión de los cambios introducidos en algunos de los manuscritos que nos han transmitido el texto de Marcial.

las traducciones que se publicaron en nuestra lengua a finales del siglo XIX y principios del XX. Se trata de un aspecto bastante más estudiado en el ámbito francés, inglés, italiano o alemán que en el nuestro³.

En un volumen colectivo dedicado al análisis del lugar ocupado por los estudios clásicos en la historia de las ideas, Kenneth J. Dover escribe unas interesantes páginas sobre la censura en los textos grecolatinos⁴. En ese trabajo se presta una atención especial a las traducciones inglesas, pero con referencia continua a las alemanas y francesas; por otra parte, sus ejemplos se ciñen casi exclusivamente a Platón (*Banquete*) y Aristófanes (*Acarnienses*). La intención de este trabajo es atender a las traducciones publicadas en nuestra lengua⁵. La existencia del citado trabajo de Dover nos permitirá, en ocasiones, enmarcar las traducciones al castellano en el panorama más amplio de las versiones a otras lenguas europeas.

1. *El Banquete*, de Platón

La obra de Platón no aparece en castellano, en traducción completa, hasta los años 1871-1872. El diálogo *El Banquete*, del que nos vamos a ocupar, presenta, al menos, dos momentos problemáticos para sus traductores desde el punto de vista de la censura moral: el discurso de Aristófanes y la intervención final de Alcibíades, en los que las alusiones al homoerotismo son patentes. El discurso de Fedro planteaba, por su parte, unas dificultades más fácilmente soslayables con el recurso al indeterminado «persona» cuando el texto griego hacía referencia a «amantes» y «amados», claramente masculinos ambos. Veamos cómo se resuelven estos problemas en las primeras traducciones castellanas y en sus contemporáneas europeas.

1.1. *El panorama europeo de las traducciones de El Banquete*

La primera traducción directa del griego al inglés de *El Banquete* platónico es obra de Floyer Sydenham y se publicó en 1761. En esta versión, se transforman los

3. Así, por ejemplo, el documentadísimo trabajo de H. VAN HOOF (1991), *Histoire de la traduction en Occident*, Bibliothèque de Linguistique, Éditions Duculot, París, se circunscribe al estudio de la traducción en Francia, Gran Bretaña, Alemania, Rusia y Países Bajos. Cada uno de estos países es estudiado cronológicamente y, dentro de cada época, se dedica un apartado especial a las traducciones de los clásicos grecolatinos.
4. K. J. DOVER (1980), «Expurgation of Greek Literature», en *Les Études Classiques aux XIX^e et XX^e siècles: leur place dans l'histoire des idées*, Fondation Hardt, Entretiens, vol. XXVI, Ginebra, p. 55-89.
5. La censura ya había dejado su huella en las primeras traducciones al castellano de los poetas líricos griegos, según puede verse en M. GONZÁLEZ GONZÁLEZ, R. GONZÁLEZ DELGADO, «La lírica griega: Safo, Anacreonte, Tirteo y Bucólicos», en F. GARCÍA JURADO y otros (2005). *La historia de la literatura grecolatina en el siglo XIX español: espacio social y literario*, Málaga, p. 181-204. Existen, no obstante, significativas diferencias entre el alcance de la censura a finales del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX y la actitud que nos encontraremos ahora en estos traductores de finales del XIX y primeros años del XX. Véase también M. GONZÁLEZ GONZÁLEZ (2006), «Traducciones grecolatinas y censura moderna: el papel de los prólogos», *Estudios Clásicos*, 130, p. 87-101.

amores homosexuales en heterosexuales y se suprime por entero el parlamento de Alcibíades con la siguiente justificación:

The translator of Plato into English is almost unanimously advised by such of his friends, as are acquainted with the original, not to publish his translation of the last speech of this dialogue, that of Alcibiades, for fear of the offence it may give to the virtuous from the gross indecency of some part of it, the countenance it may possibly give to the vicious from the example of Alcibiades, and the danger into which it may bring the innocence of the young, by filling their minds with ideas which it were to be wished they could always remain strangers to⁶.

Además Sydenham ofrece curiosas, pero tranquilizadoras, interpretaciones de los términos cuya traducción le resultaba problemática:

The speech of Phaedrus [...] takes the word Love in a general sense, so as to comprehend love towards persons of the same sex, commonly called Friendship, as well as that towards persons of a different sex, peculiarly and eminently styled Love⁷.

De esa manera, traduce τῷ ἐραστῆι Πατρόκλωι (179e 5) como «his friend Patroclus», o Πατρόκλου ἐρᾶν (180a 4) como «was the admirer of Patroclus».

La primera traducción inglesa que ofrece el parlamento de Alcibíades es la de Thomas Taylor en 1804, que reconoce la importancia fundamental de dicho discurso en el conjunto del diálogo. No obstante, por lo que se refiere a la traducción de ἐρώμενος y παιδικά, unas veces como «beloved» y otras como «mistress», sigue los pasos de Sydenham.

En 1818, Shelley traduce de nuevo *El Banquete* al inglés, acompañándolo de un ensayo introductorio titulado *A Discourse on the Manners of the Ancient Greeks relative to the Subject of Love*. Parece que el poeta lo había escrito sin intención de publicarlo y cuando su viuda emprende la tarea de llevarlo a la imprenta, sufre fuertes presiones que tienen como resultado, según puede verse comparando el manuscrito de 1818 con la versión publicada en 1840, la supresión tanto de algunos pasajes del discurso de Alcibíades como de la última parte del ensayo introductorio, que pasa a denominarse *Essay on the Literature, the Arts and the Manners of the Athenians*⁸.

En Inglaterra, hay que esperar a la versión de Jowett en 1871 para leer *El Banquete* en su integridad.

Parece que en Francia y Alemania la situación es algo diferente. Señala Dover que la traducción alemana de Schleiermacher, publicada en 1804-1809, reproduce completo el discurso de Alcibíades y no introduce cambios en el género de los pronombres. En Francia, la traducción de Cousin en 1831 es bastante respetuosa con

6. Cita recogida por K. J. DOVER, *op. cit.*, p. 57-58.

7. Cita recogida por K. J. DOVER, *loc. cit.*, p. 57.

8. El ensayo original, con el título de «Discurso sobre las costumbres de los antiguos griegos relativas al tema del amor», puede leerse en traducción castellana en PERCY B. SHELLEY (2001), *Ensayos escogidos*, prefacio, selección y traducción de BEL ATREIDES, Barcelona, p. 45-61.

el original, aunque prefriere las expresiones «persona» o «gente», en el discurso de Fedro, incluso si el término griego es indudablemente masculino. Obviamente, antes de esa fecha, sí se contaba también en Francia con versiones censuradas. Así, cuando, a fines del siglo xvii, Mme. de Rochechouart traduce *El Banquete* y se lo envía a Racine, éste, una vez revisado el manuscrito, se lo hace llegar, junto con una carta, a Boileau. Aunque la abadesa de Fontevrault había tratado con delicadeza el pasaje de Alcibíades, Racine opta por suprimirlo, y así se lo explica a Boileau:

Mais avec tout cela, je crois que le mieux est de le supprimer. Outre qu'il est scandaleux, il est inutile; car ce sont les louanges, non de l'amour, dont il s'agit dans ce dialogue, mais de Socrate, qui n'y est introduit que comme un des interlocuteurs⁹.

Así mismo, la traducción al francés realizada por Loys Le Roy en 1558 de *El Banquete* se interrumpe bruscamente en 212c:

Les propos ensuyans d'Alcibiade et de Socrate sont pleins de grande liberté, qui lors regnait par toute la Grèce, mesmement en Athenes; et me semblent ne pouvoir aujourd'huy estre honnestement recitez. [...] J'ay esté conseillé par mes amis d'obtenir le reste que Platon a adiousté seulement pour plaisir, servant au temps et à la licencieuse vie de son pays: sans proposer aux François parolles non convenantes à leurs meurs, ny convenantes à la religion Chrestienne¹⁰.

1.2. Traducciones en lengua castellana

Platón aparece por primera vez en castellano de la mano de Patricio de Azcárate, aunque su versión no parte del original griego, según el propio Azcárate reconoce. La traducción de *El Banquete* se encuentra en el tomo v de las obras completas del filósofo griego: *Biblioteca Filosófica, Obras Completas de Platón puestas en lengua castellana por primera vez por D. Patricio de Azcárate, Sócio correspondiente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y de la Academia de la Historia*, Tomo V, Madrid, Medina y Navarro, editores, 1871.

Este quinto volumen contiene los diálogos *Fedón*, *Gorgias* y *Banquete*, cada uno de ellos precedido por un argumento. En la introducción general que leemos en el primero de los once volúmenes en los que se presenta la traducción de Azcárate, el traductor dice:

Para honra del género humano, Platón se ha levantado del descrédito injurioso del siglo xviii y el conocimiento de sus obras se va haciendo general; y día llegará en que no habrá hombre de ciencia que no vea honrada su librería, por modesta que sea, con los diálogos del divino Platón. Este gran filósofo está ya hablando en todas las lenguas cultas; en Inglaterra, Tailor [*sic*]; en Alemania, Mendelssohn y Schleiermacher; en Italia, Ruggiero Bonghi; en Francia, de una manera parcial Le

9. Cita recogida en K. J. DOVER, *op. cit.*, p. 58.

10. Cita recogida en K. J. DOVER, *loc. cit.*, p. 59.

Clerc; y de una manera general Cousin y posteriormente Chauvet y Amadeo Saisset, han llevado a cabo esta tarea en sus respectivas lenguas, animados por el deseo de propagar las ideas platonianas, que tanto contribuyen a ensanchar la esfera del saber en el inmenso campo de la ciencia.

Esta misma idea y el amor a mi patria son las razones que me impulsaron a publicar mis anteriores libros, y me mueven hoy a ofrecer al público, en lengua castellana, las obras de Platón. [...] He tomado como base para mi trabajo la traducción en latín de Marsilio Ficino, que con el original griego publicó la Sociedad Bipontina en la ciudad de Dos-puentes, en Alemania, en el año 1781, en doce tomos; el último de los cuales es un juicio crítico del historiador de la filosofía Diet. Tiedemann; he consultado en los casos dudosos la magnífica traducción de Cousin, y la de Chauvet y Saisset, tomando de esta última las noticias biográficas, la clasificación de los diálogos, como menos defectuosa, los resúmenes y algunas notas¹¹.

La traducción de Patricio de Azcárate ha sido reeditada con frecuencia. En una de esas reediciones, encontramos datos sobre el autor: «Nació don Patricio de Azcárate en León en 1800, muriendo ochenta y seis años más tarde en la misma ciudad. Su afición a la filosofía se despertó en la biblioteca del Instituto de Gijón, que fundara Jovellanos, con quien tantas afinidades guardó su espíritu. Diputado en Cortes, político y jurisconsulto, Azcárate dio comienzo en su vejez, poco antes de 1870, a la ímproba tarea de publicar las obras de los principales filósofos antiguos y modernos, en cuya traducción venía trabajando desde su juventud. Ventiséis fueron los volúmenes aparecidos: once de Platón, diez de Aristóteles y cinco de Leibniz»¹².

En cuanto a los pasajes «conflictivos», el criterio seguido en esta traducción no es unitario. Así, en el discurso de Fedro, se prefiere el término «persona»:

Me atrevo a decir que si un hombre que ama hubiese cometido una mala acción o sufrido un ultraje sin rechazarlo, más vergüenza le causaría presentarse ante la persona que ama, que ante su padre, su pariente o ante cualquier otro. Vemos que lo mismo sucede con el que es amado, porque nunca se presenta tan confundido como cuando su amante le coge en alguna falta.

En el discurso de Aristófanes, en cambio, la traducción es bastante fiel, aunque Azcárate aprovecha el prólogo para dejar clara su opinión al referirse a este peculiar mito aristofánico:

¿Cuál es el objeto de este mito? Al parecer, explicar y clasificar todas las especies del amor humano. Las conclusiones, que desde este doble punto de vista se sacan, están tan profundamente grabadas con el sello de las costumbres griegas de la época de Platón, que resultan en completa contradicción con los sentimientos que el espíritu moderno y el cristianismo han hecho prevalecer. Porque tomando por punto de partida la definición de Aristófanes de que el Amor es la unión de los semejantes,

11. Páginas XIII-XIV de la introducción.

12. L. A. DE CUENCA (1984), prólogo a *Platón. Diálogos: Critón, Fedón, El Banquete, Parménides*. Versión de Patricio Azcárate, Madrid, p. 22-23.

se llega a esta consecuencia: que el amor del hombre por la mujer y de la mujer por el hombre es el más inferior de todos, puesto que es la unión de dos contrarios. Es preciso poner por cima de él el amor de la mujer, apetecido por las Tribades¹³, y sobre estos dos amores el del hombre por el hombre, el más noble de todos.

También expresa una cierta reserva frente al discurso de Alcibiades, reserva que, no obstante, no le lleva ni mucho menos a eliminarlo o modificarlo:

Después del discurso de Sócrates, parece que nada queda por decir sobre el amor, y que el *Banquete* debe concluir. Pero Platon tuvo por conveniente poner de relieve, cuando no se esperaba, la elevación moral de su teoría mediante el contraste que presenta con la bajeza de las inclinaciones ordinarias de los hombres. Por esto en este instante se presenta Alcibiades, medio ébrio, coronada su cabeza con yedra y violetas, acompañado de tocadoras de flauta y de una porción de sus compañeros de embriaguez. ¿Qué quiere decir esta orgía en medio de estos filósofos? ¿No pone á la vista, para usar las expresiones de Platon, el eterno contraste de la Venus popular y de la Venus celeste? Pero el ingenioso autor del *Banquete* ha hecho que produjera otro resultado importante. La orgía, que amenazaba ya hacerse contagiosa, cesa como por encanto en el instante en que Alcibiades ha reconocido á Sócrates. ¡Qué imagen del poder, á la vez que de la superioridad de esta moral de Sócrates, se muestra en el discurso en que Alcibiades hace, como á su pesar, el elogio más magnífico de este hombre encantador, dejando ver su cariño para con la persona de Sócrates, su admiración al contemplar esta razón serena y superior, y su vergüenza al recordar sus propios extravíos!

Pocos años más tarde, se publica una nueva versión de este diálogo: *Cinco Diálogos de Platón (El Convite, El Eutifrón, La Apología de Sócrates, El Critón, El Fedón)*, traducidos directamente del griego, con argumentos y notas por D. Anacleto Longué y Molpeceres, Catedrático de Lengua Griega en la Universidad de Madrid, Madrid, Imprenta y Fundición de M. Tello, Impresor de Cámara de S. M., Isabel la Católica, 23, 1880.

Longué y Molpeceres, que sí ha trabajado sobre el original griego, hace referencias a traducciones anteriores, en nuestra lengua y en otras:

Entre las traducciones hechas á las lenguas modernas pueden citarse, en alemán la de Schleiermacher [sic], y la de Müller con los argumentos de Steinhart dada á luz en 1859. En inglés, la de Tailor [sic] en 1804. En italiano, la de Bonghi en 1859. La primera tetralogía de Trasyllo fué traducida al italiano en 1574, por Sebastian Erizzo, con un comentario sobre el Fedon; y recientemente en 1877, ha publicado Alcide Oliari una nueva traducción de estos mismos cuatro diálogos con notas críticas y un apéndice sobre el procedimiento criminal ateniense, escrito por F. Lübker y publicado en Leipzig en 1867. En francés, además de la traducción de algunos diálogos sueltos hecha por varios autores, es la más celebrada la de Cousin, de la que dice M. Letronne, que aún siendo exacta en cuanto al sentido, es tan francesa que podría

13. Señalemos que en todas las ediciones posteriores de esta obra se repite un error que no encontramos en el original: todas ellas dicen «los Tribades».

tomarse por un texto. En castellano existen traducciones de algunos diálogos, hechas en los siglos XVI y XVII, tales son la del Fedon, el Cratilo y el Gorgias por Pedro Simón Abril, y la de la República por Fox. En 1871 ha publicado la traducción de todas las obras de Platon D. Patricio Azcárate, siguiendo la francesa de M. Cousin¹⁴.

Si leemos las páginas en las que el traductor ofrece el argumento de *El Convite*, nos encontraremos con unas palabras que llegarán a convertirse en tópico de las traducciones de la época: el traductor no se atreve a engañar al lector suavizando o eliminando determinados pasajes, pero deja constancia de su profundo malestar ante un cierto lado oscuro de las costumbres de la antigüedad:

Al acabar Sócrates su discurso llega Alcibiades, que viene con bandas y coronas para laurear á Agaton. Viene ya ebrio y excita á los demás á beber; pero enterado del convenio hecho de elogiar al amor, protesta, que donde Sócrates esté no puede él alabar ni á hombre ni á Dios alguno más que á este hombre verdaderamente admirable y singular. Alentado por los amigos allí reunidos, hace el retrato de Sócrates, cuyo exterior feo y grotesco, semejante al del Satyro, forma contraste con la profundidad de su sabiduría y su grandeza moral. Refiere los principales hechos de su vida privada, sus campañas militares, su valor en los combates, su fortaleza en las privaciones, su templanza, y sobre todo su castidad, que era una virtud casi incomprendible para la sensualidad de Alcibiades. Con este motivo se pinta con colores demasiado vivos un cuadro de la corrupción de las costumbres atenienses en aquel tiempo. Nunca se censurará bastante que un diálogo tan artístico y tan lleno de bellezas de todo género, y en el que se exponen ideas tan puras y sublimes, se haya manchado al final con la representación de vicios que son feos y repugnantes, no solamente á las ideas y costumbres de todo pueblo culto, sino á todos los sentimientos de la naturaleza. No puede disculparse á Platon de este gran defecto. Con gran pena tambien, el traductor se ha visto en la imposibilidad de suprimir esta parte del diálogo, ya porque sería mutilar una parte considerable de la obra, ya porque esto se opondría al principal objeto de su traducción, que es dar á conocer el carácter y las costumbres de Sócrates, así como los sucesos más importantes de su vida¹⁵.

Tales prevenciones muestra Longué contra la intervención de Alcibiades. Con todo, la traducción es muy fiel al original y, pese a contar con el ejemplo de la versión francesa de Cousin, que conoce y menciona, no recurre a términos como «gente» o «persona» en pasajes que pudieran resultar embarazosos: ni siquiera ve necesario introducir notas aclaratorias. Así, podemos leer lo siguiente en el discurso de Fedro citado ya anteriormente:

Y aseguro, que si un hombre que ama fuese sorprendido ejecutando una acción vergonzosa, ó recibiendo de alguno un ultraje que por cobardía no rechazase, no tendría tanto pesar de ser visto por su padre, ó por sus amigos, ó por cualquiera otro, como lo tendría de ser visto por su amado. De este mismo modo vemos que el amado se avergüenza mucho más cuando es sorprendido por su amante haciendo

14. Páginas 22-23 de la introducción.

15. Páginas 31-32 de la introducción a *El Convite*.

una acción fea. Y si hubiese medio de conseguir que una ciudad ó un ejército se compusiese de amantes y de amados, no es posible se administrasen sus intereses respectivos de otro modo mejor que absteniéndose de todo lo vergonzoso y rivalizando unos con otros en lo honesto. Hombres semejantes que de tal manera rivalizasen entre sí, aún siendo pocos, vencerían, por decirlo así, al mundo entero.

De la misma manera, no rehuye presentar a Aquiles y Patroclo como amantes. En cambio, más adelante, en medio del mito que relata Aristófanes, sí que tiene problemas a la hora de referirse a las mujeres que eran mitad de un «todo mujer». Las denomina «tribadas» y añade en nota: «Tribada es una palabra griega de la raíz τριβ-. Traduzco con otra palabra griega la del original *ἐταίριστραι* porque no hay en nuestra lengua palabra equivalente que sea decorosa».

Una nueva versión de esta obra aparece en 1923: Platón, *El Banquete o Del Amor, Eutifrón, La Defensa de Sócrates, Critón*, traducción, prólogo y notas de Rafael Urbano, Madrid. Da la impresión de que su autor no se ha enfrentado directamente al texto griego:

Sería completamente absurdo traducir de nuevo las obras de Platón, que ya están traducidas por hombres de todo el mundo y a todos los idiomas. La labor de todos ellos no puede ser absolutamente estéril de modo que exija una versión por entero desde el principio hasta el fin, y el intento de una empresa semejante es de una vanidad tan grande como la ignorancia que la motiva. He aprovechado aquí todo lo que me ha parecido que estaba bien hecho ya. Compulsando, comparando, he recogido de las versiones españolas lo que más conviene a nosotros. Debo mucho a las ediciones de Patricio de Azcárate, Anacleto Longué y Molpeceres, como a los traductores franceses, ingleses e italianos y a los críticos alemanes¹⁶.

Rafael Urbano, que opta por presentar una versión íntegra del diálogo y sin censura alguna, deja ver, no obstante, que conoce la polémica existente entorno, especialmente, al discurso de Alcibíades:

Cuando madame de Rochechouart, hermana de la Montespan, detenía su traducción de *El Banquete* al llegar al discurso de Alcibíades, la famosa helenista y abadesa de Fontevrault no suspendía su trabajo por repulgos de monja, sino por todos los reparos de un siglo que ya no comprendía el amor fecundo en hijos de carne o en discípulos admirables de un maestro, que puede estar más allá de lo sensible.

Si no fuera realmente escabroso este diálogo de Platón para una civilización cristiana que ha renegado del elogio de la fecundidad, olvidando la maternidad de la Virgen, sería, desde luego, más popular y conocido¹⁷.

Únicamente habría que introducir el matiz de que los «repulgos» en cuestión parieron de Racine y no de Madame de Rochechouart, según antes señalábamos siguiendo a K. J. Dover.

16. PLATÓN (1923), *El Banquete o Del Amor, Eutifrón, La Defensa de Sócrates, Critón*, traducción, prólogo y notas de Rafael Urbano, Madrid, p. 9-10 de la introducción.

17. *Loc. cit.*, p. 15 de la introducción.

2. La comedia de Aristófanes

Es Aristófanes un autor que, obviamente, tenía que provocar infinitos quebraderos de cabeza a sus traductores por su lenguaje tan explícitamente sexual. Dover, en el trabajo que repetidamente invocamos al referirnos al contexto europeo, se refiere a la traducción francesa de Artaud de *Acarnienses*, publicada en 1841, donde el autor prefiere remitir a las notas cuando las expresiones son demasiado «crudas». Así, en 1220 ss. *καὶ γὰρ καθεύδειν βούλομαι καὶ στύομαι καὶ σκοτοβινιῶ*, traduce: «Et moi, je veux me coucher; je n'en puis plus, j'ai besoin de soulagement», y comenta en nota: «La crudité des termes [...] ne peut se rendre en français, *tentigine rumpor, et in tenebris futuere gestio*». Las traducciones inglesas iban mucho más allá, continúa Dover, y optaban por suprimir un gran número de versos: *Acarnienses*, con 1.234 líneas en la edición estándar de Brunck, tiene 1.106 en Mitchell y 1.127 en la de Holden, de 1887.

Podemos decir que, en este caso, el primer Aristófanes en lengua castellana, obra de Federico Baráibar y Zumárraga¹⁸, se asemeja más a las versiones francesas que a las inglesas, de hecho, cita en más de una ocasión a Artaud y veremos que se aproxima mucho a él en la traducción de los pasajes obscenos. Las comedias de Aristófanes se publicaron completas en castellano en 1880-1881 y, en la introducción, Baráibar señalaba:

Y, finalmente, en la versión hemos procurado ceñirnos todo lo posible a la letra, adecentando a menudo con el velo de la perfrasis sus obscenas desnudeces y poniendo al pie la interpretación latina de Brunck, excepto en aquellos pasajes, poco frecuentes por fortuna, dadas las costumbres griegas, en que lo nefando del vicio nos ha obligado a suprimirlos o a dejarlos en el idioma original¹⁹.

De esta manera, aunque el traductor está lejos de ser fiel al texto cuando se trata de «obscenas desnudeces», tampoco llega a los extremos criticados por K. J. Dover en referencia a las versiones inglesas. Así, encontramos abundantes ejemplos en los que Baráibar comparte la habitual hostilidad de los traductores hacia el sexo, las secreciones de cualquier tipo y la escatología. En los pasajes que recogemos a

18. Nos referimos a esta obra como «el primer Aristófanes castellano», ya que se trata de la primera edición completa de las comedias de este autor en nuestra lengua, aunque alguna de ellas había sido traducida con anterioridad. Menéndez Pelayo sugiere que José Antonio Conde pudo haber traducido *Lisístrata* (*Biblioteca de Traductores Españoles*, Santander, 1952, vol. I, p. 360-361). Don Pedro Estala tradujo una comedia de Aristófanes: *El Pluto. Comedia de Aristófanes, Traducida del Griego en verso Castellano. Con un Discurso Preliminar sobre la Comedia Antigua y Moderna. Por D. Pedro Estala, Presbítero. En Madrid en la Imprenta de Sancha Año MDCCX-CIV (1794)*. 46 páginas de discurso preliminar, ocho sin foliar de argumento y 102 de texto. La traducción está en romance octosilábico (*Biblioteca de Traductores Españoles*, Santander, 1952, vol. II, p. 47-48).
19. Página 16 de la introducción. Citamos a partir de la reedición de 1972: *Comedias de Aristófanes*, traducidas directamente del griego por Federico Baráibar y Zumárraga, Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando (1ª ed. 1880-1881). Viene precedida de un prólogo de Marcelino Menéndez Pelayo, firmado en Santander el 4 de enero de 1880 y titulado «Cuatro palabras acerca del teatro griego en España».

continuación, reproducimos también las notas que acompañaban al texto, coincidentes casi siempre con las que añadía Artaud a su versión:

Acarnienses, v. 1220 s., Yo quiero acostarme; no puedo más, necesito descansar (195).

(195) *Tentigine rumpor, et in tenebris futuere gestio.*

Nubes, v. 293 s., ESTREPSÍADES: Yo también os adoro, santas Nubes, y quiero responder a vuestros truenos (45); a ello me obligan el miedo y el temblor; así es que, sea lícito o no, quiero desahogarme (46).

(45) *Vestrisque uolo tonitribus oppedere.*

(46) *Volo cacare.*

Nubes, v. 713-714, ESTREPSÍADES: Perezco miserablemente; las chinches, que brotan de esta cama, me muerden, me desgarran los costados, me chupan la sangre, me ulceran todo el cuerpo (85) y me matan.

(85) *Et testiculos euellunt, et culum perfodiunt.*

Como se puede ver, la traducción no es ni siquiera aproximativa, y sin más explicación que la que ya se daba en el prólogo, lo que el autor hace es reproducir en nota a pie de página la versión latina de Brunck. Y, efectivamente, como ya advertía el propio Baráibar según hemos recogido en cita más arriba, cuando lo nefando del vicio lo aconseja, mejor no nombrarlo siquiera:

Acarnienses, v. 77-79, EMBAJADOR: Aquellos bárbaros sólo tienen por hombres a los grandes glotonos y borrachos. DICEÓPOLIS: Y nosotros a los libertinos e infames.

Ninguna nota indica en este caso el verdadero significado de «infames»: simplemente, se ha reemplazado el término original (*καταύγονας*) por la consideración que a Baráibar le merece su referente. Los problemas se acentúan cuando el traductor se enfrenta a *Lisístrata*:

Ya en las otras piezas de Aristófanes habrán podido observar nuestros lectores cuán poco se respeta el pudor y la decencia en el teatro griego, por más que hemos tratado de disimular sus desnudeces con el velo de una púdica perífrasis; pero en *Lisístrata* esta precaución es imposible, porque, estando basada toda la comedia en la singular tortura decretada contra los hombres, todas las pinturas son de una libertad escandalosa, digna del obscuro pincel de Petronio, Marcial, Apuleyo o Casti. Así es que, después de haber vacilado mucho tiempo sobre si debíamos verter al castellano sus impúdicas escenas, sólo nos hemos decidido a hacerlo ante la consideración de que los lectores tienen derecho a conocer completo a Aristófanes, y aun con todo, nos hemos visto obligados a poner en latín las escenas de más subida obscenidad, por si esta versión, destinada, como todos los libros de esta especie, sólo a personas ilustradas y maduras, llegase a caer en manos inexpertas²⁰.

20. Nota preliminar a *Lisístrata*, ed. citada, vol. II, p. 318-319.

Entre esos pasajes está el siguiente:

Lisístrata, v. 107 s., LISÍSTRATA: ¡No queda un amante para un remedio, y con la defeción de los Milesios se acabaron todos los recursos para consolar nuestra viudez! (17).

(17) Lit. *Sed nec moechi relictæ est scintilla. Ex quo enim non prodiderunt Milesii, ne olisbum quidem vidi octo digitos longum qui nobis esset coriaceum auxilium.*

Hay que señalar que no estamos ante una versión cualquiera, sino ante la traducción publicada en la «Biblioteca Clásica», lo que ya era en sí mismo una garantía de bondad. En este caso, además, la introducción era del propio Menéndez Pelayo. En el epígrafe de conclusiones, volveremos sobre esta cuestión y sobre cierta tensión perceptible entre estas traducciones, académicas y escolares, y otras, nacidas en los márgenes y de la mano de eruditos que eran a un tiempo escritores.

3. Conclusiones

En todo ejercicio de traducción, como han puesto de relieve los actuales estudios sobre el tema, se produce un choque entre la cultura de origen, la que ha producido el texto original, y la cultura de llegada, a la que ese texto se traduce. Los diferentes modos en los que el conflicto se resuelve, en función de diversas variables, como la fuerza relativa de las dos culturas enfrentadas, o el lugar, central o periférico, que a cada una corresponde, constituyen también objeto preferente de los pujantes *Translation Studies*²¹. El caso que nos ocupa ofrece una singularidad: estamos ante obras cuya traducción no requiere justificación alguna, ya que forman parte de una antigüedad que nunca ha visto cuestionado su lugar central en el sistema cultural, y de las que se da por supuesto que enriquecen la lengua y cultura del país que las recibe. Ahora bien, ese carácter incuestionadamente ejemplar, convierte en algo aún más problemático el que, aunque en contadas ocasiones, el universo del discurso de los antiguos, sus creencias o costumbres, se presenten como enteramente opuestas a las que rigen en la cultura de llegada. En concreto, hemos visto cómo la centralidad, diríamos, de la cultura grecorromana, es desplazada, en cuestiones de moral, por la centralidad de la cultura cristiana, y eso tanto en nuestro país como, obviamente, en el resto.

No obstante, hemos señalado diferencias entre la actitud de los traductores de finales del siglo XIX y principios del XX y los anteriores²². Ya no es lo habitual

21. Véanse, entre otros títulos, I. EVEN-ZOHAR, «The Position of Translated Literature within the Literary Polysystem», en L. VENUTI (ed.) (2000), *The Translation Studies Reader*, Londres y Nueva York, Routledge, p. 192-197 (= *Poetics Today* 11, 1990, p. 45-51); C. ROBYNS (1994), «Translation and Discursive Identity», *Poetics Today* 15.3, p. 405-428; G. TOURY (1980), *In Search of a Theory of Translation*, Tel Aviv, The Porter Institute for Poetics and Semiotics.

22. Remitimos, de nuevo, para ejemplos tomados de la lírica griega y sus traducciones a lo largo del siglo XIX, a M. GONZÁLEZ y R. GONZÁLEZ, *op. cit.*

encontrarnos con traducciones alejadas escandalosamente del original, ya por la vía de la amplificación, ya por la de una censura que se practicaba de manera natural y sin explicación alguna. Vemos, en cambio, que los prólogos y las notas se han convertido en el lugar en el que los traductores reflexionan acerca de este problema y aclaran al lector con qué tipo de versión se va a encontrar²³. La censura, cuando la hay, es advertida y, en última instancia, son las menos las veces en las que se le hurta al lector el contenido real, aunque éste se deje en latín para evitar males mayores.

Lo que no resulta fácil es establecer límites claros, en lo que se refiere a su actitud ante la censura, entre las traducciones que se publican en el marco de colecciones como la «Biblioteca Clásica» y las que nacen en un ámbito extraacadémico. La complejidad de cualquier intento de tipologización reside en que, si bien de mano de los académicos esperaríamos una mayor fidelidad al texto, también es verdad que su público es, potencialmente, aquél al que más necesidad se siente de proteger frente a las malas influencias, el de «las aulas de latinidad». Así, veámos cómo los traductores se debatían entre lo que consideraban su deber frente a los lectores y su propia disconformidad con la obra traducida (recuérdese la introducción de Longué y Molpeceres a su versión de *El Banquete*), optando en muchos casos por ofrecer una versión latina que, pensaban, restringiría el acceso al original a unos pocos ilustrados (es el caso de Baráibar en su *Aristófanes*). Pero entre la resignación y el recurso al latín, todavía encontramos muchos matices: así, la suavización de ciertas expresiones y términos admite diversos grados de alejamiento del original y, por otra parte, en una edición no bilingüe es difícil advertir cómo, en no pocas ocasiones, la traducción llevaba integrada la propia valoración moral del traductor.

En fin, no resultó nunca fácil, como señalábamos, compaginar la actitud de respeto y admiración por los clásicos con su absoluta incompatibilidad con las costumbres de nuestra moral cristiana. De todas maneras, de vez en cuando, se dejó ver una cierta actitud de comprensión *avant la lettre* del horizonte de expectativas de sus contemporáneos, como, por ejemplo, en las siguientes palabras de Mary Shelley en referencia a la traducción de *El Banquete* realizada por su marido:

It is true that in many particulars it shocks our present manners, but no one can be a reader of the works of antiquity unless they can transport themselves from these to other times and judge not by our but by their morality²⁴.

23. La importancia de los prefacios y las cartas dedicatorias que acompañan por lo general a las traducciones ha sido ya señalada, por ejemplo, por M. A. VEGA (ed.) (1994). *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid: «durante siglos, estos prefacios serán el único corpus traductológico», p. 30. Véase, para el ámbito grecolatino, M. GONZÁLEZ GONZÁLEZ, art. cit.

24. Cita recogida en K. J. DOVER, op. cit., p. 79.